

## Un aporte al análisis de las causas de la ruptura histórico de marzo de 1976

Valeria L. Ianni<sup>1</sup>

### Resumen:

Presentaremos la aproximación sobre las causas de la ruptura histórica que significó el golpe de marzo de 1976 que hemos ido elaborando a partir de una investigación en curso. En ella la crisis de mediados de los setenta adquiere una gran relevancia teórica e histórica. En función de ese objetivo, el trabajo se ubica en el terreno teórico – metodológico más que en el de la reconstrucción historiográfica.

En particular, nos interesa defender una noción no reducida a lo estrechamente económico de esta crisis que marcó la finalización de una etapa en la historia del capitalismo y el inicio de otra. La crisis se manifestó tanto como crisis de valorización como crisis de dominación; esto es, fue la crisis de la relación social entre capital y trabajo. La reestructuración del capitalismo que permitió la salida de la crisis tuvo como condición la definición de la relación de fuerzas entre capital y trabajo a favor del primero. Desde esta concepción, la incorporación de la dimensión internacional de la crisis (y del modo de salida de ella) contribuye a comprender la especificidad de la crisis nacional en la que se conjugaron procesos generales con determinaciones particulares y singulares.

---

<sup>1</sup>Doctoranda en Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras – UBA. [valerianni@yahoo.com.ar](mailto:valerianni@yahoo.com.ar)

## **Un aporte al análisis de las causas de la ruptura histórico de marzo de 1976**

### **Introducción**

En nuestra historia reciente el golpe militar del 24 de marzo de 1976 constituye una fecha que tanto dentro del ámbito académico como fuera de él es reconocida como un momento de ruptura. Si esto es así en general, más nítida aún es la identificación de la implantación de la última dictadura como hito de quiebre en la historia de lucha y organización de los trabajadores.

A partir de una investigación en curso sobre las relaciones sociales capitalistas durante la fase compleja de la sustitución de importaciones a la luz de la experiencia de la industria automotriz y el caso Ford, nos interesa aquí reflexionar sobre la interpretación de ese momento de ruptura que se abrió en 1976. En la última década ha ido ganando consenso una lectura de las causas y finalidades del golpe que tuvo la enorme virtud de superar la perspectiva “política - institucional” de la dictadura tal como fuera formulada en la “Teoría de los dos demonios”. No obstante, creemos que hay aspectos de la interpretación hoy más difundida que merecen ser debatidos no sólo para comprender mejor el proceso que encarnó la última dictadura cívico-militar, sino para poder avanzar en una memoria desde la clase obrera que apueste a una práctica transformadora en el presente.

En este trabajo, nos interesa someter a discusión una aproximación alternativa sobre las causas de la ruptura histórica que significó el golpe de marzo de 1976 que hemos ido elaborando a partir de nuestra propia investigación como de la lectura de los aportes de otros autores. En la explicación que proponemos para el debate la crisis de mediados de los setenta adquiere una gran relevancia teórica e histórica. En función de ese objetivo, el trabajo se ubica en el terreno teórico – metodológico más que en el de la reconstrucción historiográfica.

La estructura de la exposición es la siguiente. Comenzamos haciendo un breve resumen de la visión que hoy cuenta con más consenso acerca del golpe de 1976 y señalamos algunas observaciones críticas o preguntas que a nuestro juicio quedan sin resolver en dicha lectura. Los siguientes cuatro apartados están dedicados a presentar la aproximación alternativa que hemos ido elaborando en el marco de nuestra investigación. En el primero, realizamos algunas observaciones generales sobre la noción de crisis y sobre el modo en que concebimos las etapas históricas del capitalismo. En el segundo abordamos la dimensión internacional de la crisis de mediados de los setenta, para detenernos en el tercero en la crisis en Argentina. En el cuarto apartado presentamos brevemente los ejes por los que discurrió la salida capitalista de la crisis a nivel global y en nuestro país. En el cierre recuperamos las ideas centrales desarrolladas a lo largo del trabajo.

### **La visión hoy más consensuada sobre la ruptura de 1976: algunas observaciones**

Desde hace aproximadamente una década o una década y media atrás ha ido ganando consenso una visión acerca de las causas y objetivos de la dictadura militar de 1976 – 1983 superadora de la interpretación sintetizada en los primeros años de retorno a la democracia. La nueva perspectiva se fue desarrollando en el diálogo entre el desarrollo de investigaciones sobre la historia reciente encaradas desde distintos puntos de partida disciplinares y el propio avance de las organizaciones políticas y sociales en el proceso de recuperación de la memoria sobre el genocidio.

Resumidamente, esta interpretación puso el eje en la relación intrínseca entre el carácter sistemático del terrorismo de Estado y la imposición del proyecto neoliberal. Sus autores sostuvieron que la implantación del neoliberalismo tuvo como objetivo el disciplinamiento de la sociedad, en particular de sus sectores populares, y fue impulsado por los sectores más concentrados de la “cúpula empresaria” (los representantes del capital transnacional y los organismos financieros internacionales). Desde esta aproximación, si esos grupos de la clase dominante fueron los beneficiarios de las transformaciones del país, los perjudicados habrían sido los trabajadores y aquellos sectores del empresariado local especialmente vinculados a la industria que se había desarrollado durante la sustitución de importaciones.

Siempre desde esta explicación, una vez en el poder, la cúpula formada por los capitales más concentrados, los capitales transnacionales y los representantes del capital financiero internacional impuso las medidas propias del llamado proyecto neoliberal. Garantizada la viabilidad de estas medidas profundamente antipopulares por el terrorismo de Estado el resultado habría sido un cambio cualitativo en la estructura económica – social de la Argentina. Conceptualmente se identifica ese proceso como un cambio en el patrón de acumulación de capital que habría conducido a la desindustrialización a partir de la apertura (progresiva) a la competencia internacional, a la desarticulación del entramado productivo local, a la pérdida de peso del mercado interno y, por ende, a una consideración del salario cada vez más como costo de producción. Los crecientes niveles de pobreza o indigencia, asociados al aumento del desempleo y al deterioro de las condiciones de empleo, aparecen en este abordaje como una consecuencia necesaria de la lógica del nuevo patrón de acumulación.

En comparación con la explicación de la “Teoría de los dos demonios” sobre las causas y consecuencias de la ruptura de 1976 con mayor consenso en la década de 1980, los aportes de la visión que resumimos muy esquemáticamente aquí son evidentes. No se habla en esta interpretación de “violencias” en abstracto, sino que se ponen de relieve los intereses de clase que promovían determinado cambio de largo plazo en la sociedad explicando así el porqué del recurso a la violencia estatal. Tampoco se igualan el poder y los métodos desplegados por un Estado dominado por los sectores más poderosos con el de los sectores que fueron víctimas, primero, del terror y, luego, de la perpetuación de la creciente desigualdad impuesta por el nuevo patrón de acumulación.

Sin embargo, surgen algunas preguntas que desde nuestro punto de vista o bien no son abordadas por esta perspectiva de la historia reciente o bien arriban a respuestas que consideramos que deberíamos revisar. Por nuestra parte, consideramos que tanto las transformaciones en la dinámica de la acumulación de capital como la imposición de una nueva correlación de fuerzas por la dictadura no pueden ser abstraídas de la profunda crisis de mediados de los setenta. Esto implica, por un lado, posicionarse respecto a cómo concebimos la dinámica de movimiento del capitalismo, el lugar que juegan en ella las decisiones de la clase dominante y si entendemos que la explicación de los procesos que tienen lugar en Argentina requiere la reconstrucción la totalidad de la que forma parte o no. Por otro lado, y esto es lo central a la hora de pensar en un aporte para la memoria de la clase obrera, tanto la crisis como su salida capitalista ponen en primer plano la contradicción entre capital y trabajo, contradicción que en el abordaje hoy más generalizado se desdibuja en los conflictos entre distintas alianzas burguesas.

### **Algunas reflexiones sobre la noción de crisis**

Antes de avanzar en la exposición de la interpretación histórica – conceptual que proponemos, resulta pertinente realizar una aclaración acerca de a qué nos estamos refiriendo al hablar de crisis y, en particular, de esta crisis que marca el fin de una etapa y el comienzo de otra. La formulación más simple de la categoría de crisis consistiría en aquella propuesta por Brecht y retomada por Gramsci de una coyuntura o situación en la que lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Al recuperar esta aproximación estamos tratando de superar la visión economicista de las crisis que domina en gran parte de la producción académica, incluso en la que se reivindica como crítica. Simultáneamente, la base de la formulación que exponemos aquí se apoya en la idea de que no todas las crisis que acompañan el ciclo industrial o de negocios en el capitalismo son una crisis que implica un cambio de calidad. No hay un acuerdo generalizado ni siquiera dentro del campo del marxismo acerca de cómo denominar este tipo de crisis. Hay quienes se han referido a ellas como “crisis generales”, “crisis orgánicas” (Gramsci, 2003), “crisis de una etapa / de finalización de una onda larga de tonalidad ascendente” (Mandel, 1979 y 1986), más numerosas son las referencias a las crisis de etapas concretas (“crisis del capitalismo de librecompetencia”, “crisis del capitalismo de posguerra”, etc.). Desde otra perspectiva, la Escuela de la Regulación las ha identificado distinguiendo las crisis propias de un “régimen de acumulación” de la “crisis del régimen de acumulación” (Boyer, 1989). Sea cual sea el nombre que se le atribuya, estamos hablando de una crisis que marca un cambio de etapa.

Esto nos lleva a otro concepto que ha sido elaborado de diversas formas y que, por tanto, requiere alguna especificación sobre el modo en que lo usamos. Para dar cuenta del campo polémico, en primer lugar, la noción de etapa es contraria a la concepción del desarrollo del capitalismo como un proceso en el que, en definitiva, lo único que puede identificarse son diferencias de cantidad pero no de calidad en tanto el modo de producción dominante sigue siendo el mismo. Sin embargo, por otra parte, al hablar de etapas no estamos adscribiendo a las formulaciones mecanicistas del “etapismo” del comunismo oficial de la URSS desde la época de Stalin, ni a las explicaciones que terminan adjudicando a cada etapa de desenvolvimiento del capitalismo lógicas de funcionamiento tan divergentes como si estuviéramos frente a sociedades de distinta naturaleza. Este es, a nuestro juicio, uno de los principales problemas que presenta la explicación más generalizada sobre la ruptura de 1976 al contraponer la etapa dominada por la ISI a la posterior estructurada por la “valorización financiera” (Ianni, 2008).<sup>2</sup>

Nuestra concepción se apoya en trabajos y autores que, gracias a la recuperación de la dialéctica y a la noción de totalidad en movimiento, reconocen que cada etapa es un momento cualitativamente diferente del desarrollo de un todo: el modo de producción capitalista. En última instancia, en cada fase las leyes del capital siguen siendo las mismas, pero la articulación y despliegue particular de las mismas genera cambios de calidad, y no sólo de cantidad, es decir, entendemos que para comprender la realidad es necesario dar cuenta no sólo de la tendencia en su pureza sino en la forma histórica que adquiere.<sup>3</sup>

Retomando, la crisis es entonces una crisis del capitalismo y éste, es necesario recordarlo, es la forma específica que adoptan las relaciones sociales de producción bajo el

---

<sup>2</sup> Algo similar ocurre con los trabajos de la Escuela de la Regulación cuando contraponen los distintos regímenes de acumulación.

<sup>3</sup> Si bien escapa de los objetivos de esta ponencia, es importante señalar que esta discusión en torno a la periodización del capitalismo y a las formas de concebir las etapas no tiene sólo una importancia teórica sino que incide en el modo en que se analiza la situación y se definen tareas políticas.

predominio de la explotación de trabajo asalariado. En consecuencia, al hablar de una crisis del capitalismo estamos hablando de la crisis de las relaciones sociales de producción capitalistas y, particularmente, de aquella que al vincular capital y trabajo condiciona a la totalidad de las relaciones sociales. Nuevamente, se nos presenta aquí la insuficiencia de una consideración exclusivamente técnico – económica ya que la crisis de la relación social supone la crisis de la valorización del capital, pero la crisis de la dominación política del capital sobre el trabajo.

Hemos dicho que la crisis de mediados de los setenta marcó un cambio de etapa. Y es esta relación entre crisis y etapa la que nos parece de suma relevancia para analizar el significado de la ruptura de 1976. En este tipo de crisis “históricas”, a diferencia otros tipos de crisis, las dificultades de reproducción no se reducen a sus expresiones económicas en tanto la relación social entre capital y trabajo implica otras esferas como la política. Cada vez que el capitalismo ha conseguido salir de una crisis del tipo que nos referimos aquí, lo ha hecho a través de una profunda reestructuración, que en todos los casos implicó una ofensiva contra el trabajo. En una coyuntura como esta el alumbramiento de “lo nuevo que no terminaba de nacer” requiere de una drástica redefinición de la relación de fuerzas a favor del capital. De allí que la situación creada por la lucha de clases a favor del capital es, en estas circunstancias, la condición para (a la vez que el resultado de) que el capitalismo pueda recomponerse, expandirse y avanzar en un nuevo ciclo largo de acumulación. El hecho de que la reestructuración del capitalismo condujera, como siempre ocurre bajo la lógica del capital, a la expulsión del mercado de una gran cantidad capitalistas medianos y pequeños no debe confundirse con la definición violenta de la lucha de clases en contra de la clase obrera.

### **La crisis de mediados de los setenta a nivel mundial**

La profunda crisis que atravesó el capitalismo a escala mundial en torno a 1974-75 marcó el fin de esa etapa que retrospectivamente se vería como la “edad dorada” del capitalismo. La tendencia a la erosión de la tasa de ganancia acompañó, y fue resultado de, la aceleración de la acumulación en la posguerra.

Desde fines de la década del sesenta, el fin de la era de acumulación acelerada comenzaba a hacerse visible en las principales potencias capitalistas. El otrora círculo “virtuoso” enfrentaba problemas crecientes para reproducirse a causa de su propio éxito. Todas las dimensiones de la reproducción mostraron su carácter contradictorio, poniendo fin a la ilusión de que el “keynesianismo” había encontrado la fórmula para evitar las crisis del capitalismo. Las dificultades en la valorización del capital (expresada por la caída de la tasa de ganancia) y en la realización de la plusvalía salieron a la luz en un contexto de sobreproducción generalizada y de decrecimiento del ritmo de ampliación del mercado mundial (Holloway, 1987). La competencia recrudesció. Para las clases capitalistas en lucha se hizo cada vez más imperante arremeter contra las conquistas que los trabajadores habían conseguido, en el marco de los “Acuerdos de Posguerra” (Gordon et. al., 1986).

Recordemos que esos acuerdos entre capital y trabajo habían reconocido determinados derechos de los trabajadores (sindicalización, negociación colectiva, aumento de salario en función del aumento de la productividad, etc.) con el propósito de atemperar los conflictos de clase. Se esperaba, y de hecho en parte esto fue así durante un tiempo, que la edificación de instancias de negociación, de regulación estatal de la vida sindical, de legislación sobre la materia, y del otorgamiento de ciertas mejoras económicas para una

parte de la clase obrera creara un horizonte menos disruptivo para el capital del que había imperado entre 1930 y la inmediata posguerra. Necesidad tanto más acuciante en cuanto la posguerra había visto el avance y consolidación de un campo “socialista” mucho más extenso que el de preguerra.

En la primera mitad de los setenta una ola de conflictos atravesó al mundo capitalista. Los trabajadores cuestionaron los ritmos que llevaban la intensidad del trabajo al extremo, las cláusulas que ataban el salario a los incrementos en la productividad, las consecuencias nefastas de un trabajo vaciado de todo contenido. Esa pelea se dio en el interior las fábricas de manera cotidiana y, hacia el fin del período, tendió cada vez más a expresarse por fuera de ella. Las reivindicaciones que levantaban los trabajadores en los países centrales no eran en la gran mayoría anticapitalistas, pero sin duda superaron los conflictos exclusivamente centrados en la “puja salarial” que habían dado la tónica a la era “fordista” (Coriat, 2003).

La crisis de las relaciones sociales capitalistas fue tanto el fin de la época de continuadas tasas altas de rentabilidad como del acuerdo de posguerra entre capital y trabajo sobre el que se basaban las políticas keynesianas. El relativo poder que los trabajadores habían conservado y construido en los años “dorados” del capitalismo se convirtió en el escollo principal para la recomposición de condiciones favorables para la acumulación. Los representantes e intelectuales más lúcidos de la clase dominante fueron concientes y su acción se orientó en forma sistemática a minar ese poder; la reorientación de la teoría económica desde el keynesianismo y neokeynesianismo hacia el monetarismo fue la expresión de ese viraje en el campo de la teoría económica. “El cambio de la actitud de la economía académica hacia la contrarrevolución antikeynesiana [sostiene Mandel (1986, 87)] no fue tanto un reconocimiento tardío de las amenazas a largo plazo de la inflación permanente. Ni siquiera fue esencialmente un resultado de la inevitable aceleración de la inflación [...] *Fue esencialmente un producto de un cambio básico en las prioridades de la lucha de clases de la clase capitalista.* [...] cuando pasamos de una onda larga expansiva a una onda larga depresiva, ya no es posible asegurar el pleno empleo, erradicar la pobreza, ampliar la seguridad social, asegurar un incremento sostenido (aunque modesto) de los ingresos reales para los asalariados. Llegados a este punto, la lucha por restablecer la tasa de ganancia mediante un fuerte ascenso de la tasa de plusvalor (es decir, de la tasa de explotación de la clase obrera) se transforma en la prioridad suprema.”

### **La crisis de mediados de los setenta en Argentina**

En el caso de nuestro país, la dinámica “virtuosa” de acumulación había dado resultados menos notables que los de los países imperialistas. La restricción externa no había desaparecido a pesar de los importantes avances que se habían dado en la producción manufacturera desde fines de la década de 1950 con el inicio de la fase compleja de la ISI. No obstante, luego de la crisis de 1962-63, las recurrentes crisis “stop & go” no habían generado la caída en términos absolutos del producto. A comienzos de los setenta incluso algunas empresas manufactureras locales (no necesariamente de capital nacional) comenzaban a insertarse como exportadoras en el mercado latinoamericano. Los análisis críticos del viraje que se produjo a partir de 1976 destacan este desempeño favorable del sector manufacturero entre 1964 -74 para argumentar a favor de las potencialidades que contenía la sustitución de importaciones. Sin embargo, ese recorte temporal deja fuera la crisis de 1975.

El marcado descenso de la rentabilidad en el estallido de la crisis de 1975 estuvo inmediatamente precedido por una fase de “producción a toda marcha” (Marx, 1995, cap. XXIII), situación que permite explicar hechos como la suba de los precios del petróleo y de las materias primas que, en la mayoría de los trabajos, son tomados como “datos externos”. Tanto el éxito de los países de la OPEP en el aumento del precio del crudo como la súbita (y efímera) reversión de los términos de intercambio de las materias primas, que tanto impactó en la economía Argentina en los años 1972 y 1973, fueron parte de ese proceso de intensificación de la producción manufacturera sin la contraparte de expansión de las bases energéticas y de insumos.

En nuestro país, al igual que lo que ocurrió en los países centrales, el aumento de la producción durante el tercer gobierno peronista se produjo a través de un uso más intensivo de la capacidad instalada y a una mayor contratación de trabajadores (Canitrot, 1978). Con una productividad estancada o incluso a la baja, se daban las condiciones en las cuales los aumentos de salarios implican una merma en el plusvalor. De acuerdo a Bonnet (2008, 72), entre 1974 y 1976 “La lucha de la clase trabajadora, en síntesis, impuso una reducción en los niveles de explotación del trabajo. Las ganancias de los capitalistas (consideradas como relación entre los precios y los costos de los insumos determinados según la matriz insumo – producto de 1963) declinaron levemente en la industria, entre -1,2% y -3,6% respecto de los niveles de 1972, y marcadamente en el campo, un -33,5% respecto de la excelente rentabilidad de 1972”.

La crisis de 1975 fue bastante más que una coyuntura *stop & go* “potenciada”. Así como en el corazón de la crisis internacional estaba la dificultad para sostener la valorización, en la base de la crisis en Argentina, estaban la erosión de la tasa de ganancia (Michelena, 2009). Como en el resto de los países capitalistas, la recuperación de condiciones propicias para la valorización del capital requería de una redefinición orgánica de las relaciones de fuerzas en contra del trabajo. El plan de shock del ministro Rodrigo no era diferente de los que se ensayaban en otras latitudes, ni del que llevaría adelante Martínez de Hoz menos de un año más tarde. La diferencia radicó en la acción de los trabajadores que impidió el éxito de la reestructuración capitalista que estaba en la base de las medidas de “estabilización” del corto plazo del plan del ministro. Durante junio y julio los obreros de las industrias más grandes del Gran Buenos Aires, ocuparon plantas, tomaron a miembros del personal directivo como rehenes, realizaron asambleas masivas, increparon a los delegados que no se ponían al frente de las medidas, repudiaron a los líderes sindicales, organizaron coordinadoras por región, movilizaron en forma masiva en las zonas de los lugares de trabajo y hacia el epicentro de la Capital Federal. Las fuertes movilizaciones encabezadas por las Coordinadoras y los organismos de base obligaron a la CGT a convocar por primera vez en la historia a una huelga general contra un gobierno peronista el 7 y 8 de julio de 1975 (Löbbe, 2009).

El objetivo de la represión salarial quedó anulado cuando, con las movilizaciones más masivas que se han registrado en nuestro país, los obreros impusieron la homologación de los acuerdos paritarios alcanzando un promedio de aumento nominal del 160% que, a pesar de la erosión ya generada por una inflación sin precedentes, superaba con creces los topes esperados por el gobierno. Tal como afirman Restivo y Dellatorre (2005, 16) “Muchos autores (...) han señalado que el Rodrigazo fue la antesala del programa económico de la dictadura instalada a partir de marzo de 1976 (...) y que el rechazo popular a aquel shock de junio de 1975 demostró a las fracciones dominantes del capital que iba a requerir de grados de violencia inéditos para alcanzar sus objetivos”.

Por todo esto, la coyuntura de junio y julio de 1975 mostró no sólo la crisis “objetiva” de la ISI, sino la crisis política en la que estaba sumido el estado capitalista. Aun cuando fuera incipiente y no tuviera un grado de desarrollo comparable con la fuerza de la clase dominante, la puesta en cuestión del poder por una parte importante de la clase obrera (en un proceso de confluencia de sus sectores más radicalizados con las organizaciones políticas revolucionarias) fue un rasgo que no se dio en otros países y constituye, a nuestro entender, la explicación de que la reimposición del poder del capital asumiera en Argentina la forma extrema del terrorismo de Estado.

Esto significa que la acumulación acelerada, la expansión de producción, la crisis y la forma que asumió la salida capitalista de la misma no fueron momentos escindibles sino instancias de un proceso que los contuvo. La agudización de la lucha de clases y, en particular, la constatación de la fuerza que había adquirido la llamada “guerrilla fabril” obligó a que las distintas fracciones de la burguesía se posicionaran de un mismo lado frente a la crisis del “orden”. En esa definición de la burguesía no pesó tanto la suerte inmediata de los negocios sino el haber advertido el peligro que contenía la situación para sus intereses en tanto clase dominante. Ante esa situación, las fracciones más concentradas que habían dado un compás de espera en 1973 esperando que el retorno a la institucionalidad, pero también las menos poderosas que veían en el proyecto económico del peronismo representados sus intereses, comenzaron a definirse cada vez más definitivamente y a confluir en una posición a favor del “orden” (Di Tella, 1985). La definición de la situación no se dio, por tanto, entre una “alianza ofensiva” y otra “defensiva”, ambas integradas y dirigidas por fracciones burguesas, sino entre clases<sup>4</sup>.

### **La salida capitalista de crisis de mediados de los setenta**

La necesidad y el propósito de reestructurar radicalmente la relación entre capital y trabajo atravesaron a partir de mediados de los setenta a todo el mundo capitalista. Esto implicaba imponer un nuevo disciplinamiento en los lugares de trabajo y en la sociedad en general; como siempre, los medios empleados por el capital ante situaciones similares serían, a un tiempo, políticos y económicos. Entre los primeros, se incluye ante todo la represión que entre fines de los setenta y comienzos de los ochenta fue aplicada en forma sistemática frente a la resistencia de los trabajadores, así como la reversión de derechos conquistados abriendo paso a una nueva modalidad de relación entre capital y trabajo en la que el principio de la autoridad derivada de la propiedad se imponía por sobre el concepto de negociación que había formado parte de la ideología del Estado de Bienestar.

Entre los medios económicos empleados en pos de reestructurar la relación con los trabajadores se encuentran la reconstrucción sistemática del ejército industrial de reserva, la aplicación de nuevas tecnologías -automatización, informática y telecomunicaciones) que permitirían reducir y fragmentar el colectivo obrero- (Coriat, 2004), la fragmentación del proceso de producción de algunas ramas a escala global relocalizando la tareas repetitivas, simples y menos intensivas en capital en algunos países de la periferia para aprovechar las diferencias en la explotación del trabajo (Ominami, 1987), entre las más importantes.

Sobre la base de esa definición de las relaciones de fuerzas a favor del capital, se desplegarían un conjunto de transformaciones que dieron forma a una nueva etapa en la

---

<sup>4</sup> Esto no significa que todos los obreros se enfrentaron a todos los capitalistas, pero sí que la definición pasó por la contradicción antagónica entre las clases sociales fundamentales (y no entre fracciones de la burguesía).

historia del capitalismo. Sobre ese presupuesto en el que el carácter capitalista de la sociedad y el poder de la burguesía como clase son (re)establecidos, la desvalorización y centralización de capitales a gran escala que produjo la crisis fue al mismo tiempo que expresión de las contradicciones, el mecanismo por el cual comenzaron a restablecerse las condiciones de valorización. La etapa denominada neoliberal significó un salto en el despliegue de tendencias de desenvolvimiento del capitalismo: a la concentración y centralización del capital, al desarrollo de las fuerzas productivas, a la innovación destinada a acelerar los tiempos de circulación de las mercancías, al aumento de la productividad del trabajo y, en relación con ello, el aumento de la sobrepoblación relativa, al aumento de la explotación de la fuerza de trabajo, a la mundialización de las relaciones sociales capitalistas, entre otras.

Pero, como también hemos argumentado, el cambio “cuantitativo” estuvo potenciado por un cambio en la forma que adoptaron estas tendencias y el sistema de conjunto. Uno de esos cambios sustanciales se verificó en la estructura del mercado mundial. Si durante la fase compleja de la sustitución de importaciones la internacionalización había adoptado la forma de “circuito ‘mercado restringido’ (...) que implica que la inversión es internacional pero la producción y realización son nacionales”, en la nueva etapa nos encontramos frente a un “circuito global que describe la forma más desarrollada de la internacionalización del capital, en la cual tanto la producción como la realización son internacionales.” (Astarita, 2006, 224-225). En el nuevo contexto, la concentración de los flujos de capital en los países centrales se potenció y su orientación hacia la periferia fue sumamente selectiva. Si dentro de América Latina, Argentina había ocupado un lugar preeminente junto a México y Brasil durante la sustitución de importaciones como destino de las inversiones de las transnacionales, en la etapa neoliberal dejaría de hacerlo.

Es por todo esto que el análisis de la dictadura dentro de un estrecho marco nacional impide captar la profundidad de los cambios que estaban teniendo en el capitalismo a escala global y que imponían tanto una redefinición en la articulación entre mercados internos y mercado mundial que había caracterizado a la posguerra, como del lugar de la Argentina en esa nueva conformación. Lo mismo debe señalarse respecto de la alteración de la correlación de fuerzas entre capital y trabajo a escala global; al recomponer la situación nacional dentro del proceso más amplio a nivel internacional no sólo se pueden reconocer los aspectos comunes que revistió el proceso de reestructuración capitalista en ambos espacios y que han sido apuntados ya, sino además puede visualizarse de un modo más acabado la especificidad del modo en que el capital definió a su favor la lucha de clases en la Argentina durante la segunda mitad de los setenta.

Recordemos que los niveles de violencia empleados con anterioridad al golpe del 24 de marzo ya habían sido considerables. A los fusilamientos clandestinos por parte de la Triple A que venían *in crescendo* se agregaba la represión legal de la acción no sólo de organizaciones políticas y político-militares, sino de trabajadores radicalizados. El “Navarrazo” y más claramente aún la represión a Villa Constitución mostraron cuál era la respuesta que el Estado estaba dispuesto a dar frente a las expresiones combativas de la clase obrera. La firma de los decretos 2770, 2771 y 2772 en octubre de 1975 ya habían subordinado a todas las fuerzas de seguridad a las Fuerzas Armadas y dispusieron su intervención en la “aniquilación de la subversión” (Löbbe, 2009). A pesar de la desarticulación de la organización popular que esta represión produjo, no había logrado

estabilizar una nueva correlación de fuerzas drásticamente desfavorable para los trabajadores.

La dictadura implementó a escala un plan sistemático de exterminio cuya envergadura y métodos sorprendieron incluso a los militantes más formados del campo popular. La burguesía estaba dispuesta a emplear los medios más atroces con el objetivo de asegurar su dominio sobre la sociedad. La detención y tortura de decenas de miles de militantes y trabajadores en centros clandestinos, sumados a los que estaban o fueron apresados reconocidamente por el Estado, la desaparición y el fusilamiento de muchos de ellos, junto al exilio interno o externo de cerca de un millón de hombres y mujeres permiten corroborar el porqué de la calificación de genocidio a la represión que desplegó la dictadura.

No todos los militantes, activistas o trabajadores que sufrieron directamente la represión eran revolucionarios; sin embargo, era necesario acallar a todo el que tuviera capacidad de organizar y organizarse para resistir la ofensiva en contra de conquistas que habían requerido casi un siglo de luchas. La voluntad explícita de disgregar cualquier tipo de organización, y el particular ensañamiento contra la clase obrera, se verifica en la prohibición de toda actividad gremial a pesar de la complicidad de encumbradas figuras de la burocracia sindical en la represión de los trabajadores.

La militarización de las plantas más grandes y, en particular de aquellas en las que había habido un mayor activismo obrero, fue una de las medidas inmediatas adoptadas por la dictadura.<sup>5</sup> El mismo día del golpe la Junta Militar suspendió el derecho a huelga, eliminó el fuero sindical y reimplantó la Ley de Residencia. En julio de ese año “prohibió la actividad gremial, es decir asambleas, reuniones, congresos y elecciones, facultando al Ministerio de Trabajo a intervenir y reemplazar dirigentes dentro de los establecimientos fabriles” y en septiembre, a través de la Ley de Seguridad Industrial, “prohibió cualquier medida concertada de acción directa, trabajo a desgano, baja de la producción, entre otras.” (Basualdo, 2010).

El efecto de terror buscó desarticular cualquier forma de solidaridad de clase y de resistencia. Si bien es cierto que en forma clandestina y a veces hasta de un modo individual los trabajadores expresaron su oposición al avance patronal, la realidad es que hasta el día de hoy la clase obrera no ha alcanzado los niveles de organización y autoconciencia que había mostrado en los grandes enfrentamientos de fines de los '60 y principios de los '70.

En el nuevo escenario, la dictadura pudo avanzar en la reestructuración del capitalismo en Argentina. Por supuesto, el proceso de salida de la crisis implicaría una desvalorización a gran escala de capitales que llevaría a la ruina a muchos capitalistas y aceleraría la centralización entre los supervivientes. La severa desvalorización de capitales (quiebras, cierres, etc.) que, como siempre ocurre en el capitalismo, perjudicó sobre todo a los capitalistas menos poderosos cuya suerte dependía del mantenimiento de las condiciones de acumulación características de la sustitución de importaciones. La apertura del mercado interno a importaciones que hasta entonces habían estado prohibidas por altas barreras arancelarias y el retraso del tipo de cambio que abarató las compras en el exterior, junto a la progresiva flexibilización de las exigencias de integración nacional de partes como en la industria automotriz, eliminaron del mercado a muchos empresarios que producían mercancías o insumos. Muchas transnacionales decidieron retirarse de la

---

<sup>5</sup> Hay que aclarar que muchas plantas habían sido militarizadas con anterioridad al golpe.

Argentina, esperando a una recuperación de los negocios o apostando a regionalizar sus inversiones con epicentro en Brasil lo que redundó también en una cadena de ruinas para proveedores y vendedores vinculados a ellas.

Sin duda, esta somera enumeración coincide con la noción de identificar en 1976 un cambio de etapa. No obstante, creemos que es crucial para la construcción de una memoria crítica de la clase trabajadora no asimilar estos procesos eminentemente económicos con la represión descargada sobre la clase obrera. Muchos de los empresarios que se vieron perjudicados por la reducción del mercado interno o por la intensificación de la competencia, apoyaron el disciplinamiento a sangre y fuego de la clase obrera. En forma más general, el reaseguro de la propiedad privada y del poder que dimana de ella, benefició a la burguesía en tanto clase, a pesar de que la reestructuración arrastrara a muchos de sus integrantes a la ruina económica. La necesidad de restablecer la rentabilidad empresarial, de disciplinar al trabajo y de garantizar el orden basado en la propiedad privada fueron objetivos que unificaron a la clase dominante.

## **A modo de cierre**

La interpretación sobre el significado de la ruptura que implicó la última dictadura que hemos presentado en estas páginas, sin duda necesita ser discutida y enriquecida. No obstante, creemos que hay algunos núcleos que tienen la suficiente potencialidad explicativa como para ser integrados a los problemas que se suelen plantear respecto de ese momento histórico. Entre ellos creemos que está la necesidad de integrar el análisis de la crisis de mediados de los setenta como una mediación clave en el pasaje de la sustitución de importaciones a la etapa neoliberal. En el mismo sentido, entendemos que la historiografía sobre el período ha estado excesivamente centrada en la dimensión nacional de los procesos y que podría complejizarse a partir de integrar los avances que en el mismo terreno se han producido en otras regiones y que contienen importantes puntos de diálogo con nuestra historia reciente. Finalmente, nos parece que la construcción de una memoria de la clase obrera revisar críticamente la jerarquía explicativa que se le otorga a los conflictos entre fracciones de la burguesía por sobre la contradicción entre capital y trabajo; sin postular que la clase dominante constituye un todo homogéneo creemos que en la explicación más extendida hoy se exagera el peso que se le otorga a las diferencias entre fracciones y a la inclusión de la clase obrera sólo como base de una u otra alianza burguesa, relegando a un segundo plano las iniciativas de la clase obrera que cuestionaron el dominio de la burguesía en su conjunto. Desde nuestra perspectiva, las diferencias entre fracciones no dejan de ser diferencias dentro de la unidad, unidad objetiva de quienes explotan trabajo asalariado y unidad subjetiva que se expresó cuando los intereses del conjunto de la clase dominante se vieron en peligro.

**Julio 2011**

## **Bibliografía**

Astarita, Rolando 2006 (2004) *Valor, mercado mundial y globalización* (Buenos Aires, Kaicron).

Basualdo, Victoria (con colaboración de Ivonne Barragán y Florencia Rodríguez) 2010 “La clase trabajadora durante la última dictadura militar argentina (1976-1983): apuntes para

una discusión sobre la resistencia obrera” en *Memoria en las Aulas*, Comisión Provincial de la Memoria (La Plata) Dossier N° 13.

Bonnet, Alberto 2008 *La hegemonía menemista: el neoconservadurismo en Argentina, 1989 – 200*, (Buenos Aires: Prometeo).

Boyer, Robert 1989 *La Teoría de la Regulación: un análisis crítico*, (Buenos Aires: Editorial Hvmánitas – CEIL).

Canitrot, Adolfo 1978 “La viabilidad económica de la democracia”, en *Estudios Sociales - CEDES* (Buenos Aires) n° 11.

Coriat, Benjamín 2003 (1979) *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa* (México D.F.: Siglo XXI).

Coriat, Benjamín 2004 (1990): *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, (México D.F.: Siglo XXI).

Di Tella, Guido 1985 (1983) *Perón – Perón 1973 – 1976* (Buenos Aires: Hyspamerica).

Gordon, David, Edwards, Richard y Reich, Michael 1986 (1982) *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social).

Gramsci, Antonio 2003 *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno* (Buenos Aires: Nueva Visión).

Holloway, J. (1987): “The red rose of Nissan”, en *Capital & Class* (Londres) N° 32.

Ianni, Valeria 2008 “La reestructuración de las relaciones sociales capitalistas en Argentina a fines de la década del setenta: aproximación a partir del análisis del caso de la industria automotriz”, V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, Ciudad de La Plata, 10 al 12 de diciembre.

Löbbe, Héctor 2009 (2006) *La guerrilla fabril* (Buenos Aires: Ediciones RyR).

Mandel, Ernest (1979): *El capitalismo tardío*, Era, México D.F.

Mandel, Ernest (1986): *Las ondas largas del desarrollo capitalista: una interpretación marxista*, Siglo XXI, Madrid.

Marx, K. 1995 (1975) *El Capital. Contribución a la crítica de la economía política* (México D.F.: Siglo XXI) Volumen 3.

Michelena, Gabriel 2009 “Rentabilidad del capital en Argentina (1960 – 2007)”, II Jornadas de Economía Crítica, Ciudad de Bahía Blanca, 15 al 17 de octubre.

Ominami, Carlos 1987 (1986): *El Tercer Mundo en la crisis. Las transformaciones recientes de las relaciones Norte – Sur* (Buenos Aires: GEL).

Restivo, Néstor y Delatorre, Raúl 2005 *El Rodrigazo, 30 años después. El ajuste que cambió al país*, (Buenos Aires: Capital Intelectual).